

El placer de la

FICCION

Hay escritores que pasan en medio de esta feria de las vanidades en la que a menudo se ha convertido el mundo literario español casi de puntillas, sin aparecer en las tertulias de radio o televisión ni dar su opinión sobre lo divino y lo humano de continuo en los periódicos; uno de ellos es el leonés Antonio Pereira, maestro de la ficción breve y el mejor autor de cuentos español desde Ignacio Aldecoa. Con una ventaja quizá sobre el malogrado escritor vitoriano: la variedad temática y formal de Pereira, que le permite triunfar y seducir al lector con piezas de tamaños variados, estructuras diferentes, en donde brilla a cada paso un humor extremadamente sutil.

Su talante se descubre ya en el imprescindible prólogo, con una personal adaptación del celeberrimo decálogo del perfecto cuentista de Horacio Quiroga, al que Pereira aporta fresca antirretórica: "Lo primero es tener una historia que contar. Sin esto nada.... Que siempre haya expectativa. ¡Algo va a ocurrir!... El novelista puede ser altanero. El cuentista debe ser cordial y amistoso".

A partir de aquí se suceden casi setenta relatos seleccionados por el autor entre su copiosa producción y agrupados en cuatro secciones con cierta unidad temática: localización geográfica (cuentos del noroeste, de Madrid, de otras partes del mundo) o un elemento dominante: el paso del tiempo, tipos humanos singulares. En cuanto al tamaño, hay microrrelatos de apenas quince líneas, contruidos a partir de una frase afortunada o una visión casi surrealista, al lado de historias más largas y complejas, como "Las erotecas infinitas", espléndido ejemplo de lo que Vargas Llosa llama estructura en caja china. Destaca también el dominio de la lengua, que facilita la presencia de diversos personajes narradores en los cuentos, precedido siempre de títulos verdaderamente sugestivos.

Pero sobre todo lo que abundan son las narraciones geniales, en las que seduce tanto el enfoque original como la magistral composición, a base de presentar un ambiente, para centrarse luego en la situación concreta, terminando con un final sorprendente y abierto. Inútil resulta aducir ejemplos ante tanta excelencia: el obispo de una pequeña diócesis ante la perspectiva de la jubilación; la alemana que peregrinaba a Compostela y decide quedarse en un pueblo del camino; aquel

gobernador civil de una provincia manchega durante el franquismo; las monjitas de conventos limítrofes comunicándose mediante las campanas; el diseñador italiano de modas que encuentra inspiración en las viejas leyendas góticas de la ciudad; una tropical versión del síndrome de Estocolmo y un largo etcétera. Casi todos los narradores españoles de hoy han aprendido -o deberían aprender- de este libro.

José Manuel Cabrales Arteaga